

Entre debates: una sugerencia a los candidatos

Alfredo Acle Tomasini©

Señores candidatos: En menos de un mes, ustedes tendrán la oportunidad de volver a debatir, razón por la cual sus asesores y el IFE estudian opciones para adoptar un nuevo formato. Sin embargo, cabría preguntarles a partir de cuál perspectiva lo diseñarán; la que convenga a sus intereses particulares o la que en verdad sirva a los ciudadanos para entender, al menos en sus grandes líneas, cuál es su proyecto de gobierno y qué los diferencia. La utilidad del debate no está en definir a un ganador, sino en que la confrontación de ideas y argumentos le ayude al ciudadano a decidir si vale la pena votar y, en su caso, por quién hacerlo.

Ustedes son hábiles para escarbar en el pasado de sus oponentes con el objetivo de exhibir sus errores y demostrar sus complicidades. Pero en ese afán no se dan cuenta que el común denominador de todos es su pertenencia a una clase política que no nació ayer y que no está en lo alto de la estima popular. Menos aún perciben el poco entusiasmo que en muchos sectores despiertan estas elecciones.

Vale recordar que, en los pasados comicios federales, el porcentaje de votos nulos estuvo ligeramente abajo del partido que ocupó el cuarto lugar y que en el Distrito Federal uno de cada diez votantes anuló su voto. Habrá quien piense que este fenómeno sólo puede ocurrir en las elecciones de medio periodo, pero yo no sería tan optimista porque en los últimos tres años nada ha sucedido como para revertir la percepción que la sociedad tiene de la clase política. Ya se verá cuando se sumen abstención y votos nulos.

Es posible que lanzar pedradas o aventar estiércol al ventilador satisfaga su ego al motivar el griterío arropador de su voto duro, pero a muchos nos parece sólo una extensión de las escenas de primitivismo político que con frecuencia presenciamos en el Congreso, donde ante la carencia de argumentos se recurre a la descalificación, al histrionismo y, en el extremo del absurdo, a que los supuestos parlamentarios impidan por la fuerza el uso de la voz o el ejercicio del voto de aquellos que no piensan como ellos.

Por ello les convendría considerar que, aun cuando ustedes se planten ante el electorado como parte de la solución, hay sectores que los consideran parte del problema.

En julio de 2000 muchos pensamos que México iniciaba una nueva etapa en su desarrollo político. Muerto el presidencialismo, asumimos que la alternancia actuaría como un incentivo para que la contienda política produjera una mejor gestión pública con resultados tangibles que permitieran darle a nuestra democracia el calificativo de eficaz, lo cual supondría también un funcionamiento eficiente de los poderes públicos y que al frente de ellos estuvieran mejores servidores públicos.

Doce años después seguimos empantanados en un desempeño mediocre al que se ha sumado la inseguridad y un clima de violencia, cuya existencia cuestiona la eficacia del Estado mexicano para cumplir con sus responsabilidades constitucionales. Mientras que los vicios del viejo sistema como el amiguismo, la improvisación y la tolerancia a la corrupción lejos de desaparecer se han exacerbado, lo que demuestra la complejidad para transformar una cultura política que trasciende partidos.

Sin embargo, lo anterior no ha sucedido de manera aislada sino que se ha dado dentro de un teatro político donde los ciudadanos hemos visto cómo el viejo presidencialismo se repartió cual botín, creando infinidad de feudos que, vueltos en sí mismos para defender sus intereses, fragmentan y complican la gestión de los poderes públicos, en tanto el contenido de la agenda legislativa pasa por el tamiz de una partidocracia que acelera, frena o desecha según su conveniencia.

Pese a la evidencia de los hechos, llama la atención que ninguno de ustedes observe una relación de causalidad entre una deficiente gestión pública y lo que ocurre en la arena política. Quizá, por ello, no consideran que la reforma del Estado deba incluirse como una reforma estructural.

Ustedes piensan que todo se limita a ganar votos. Pero el problema que tienen enfrente es más complejo porque hay desánimo y una desconfianza que se nutre de la experiencia de las cuatro elecciones precedentes.

Con base en lo anterior les sugiero si el 10 de junio podría cada uno de ustedes exponer en diez minutos las grandes líneas de sus sendos proyectos de gobierno para pasar entonces a debatirlos con intervenciones de tres minutos y al final cerrar con una participación de cinco minutos por candidato. Esto supondría que hubiere un moderador, que no un tomador de tiempo, que en verdad conduzca el debate.

Convenzan de que votar vale la pena y que las elecciones no se limitan a escoger al menos malo.

alfredo@acletomasini.com.mx

Twitter @AcleTomasini